

A orillas del río de Tarapacá, en la ladera sur de la quebrada, bajo el sol inclemente del desierto reposan aún los vestigios de un antiguo templo. Allí, donde el tiempo ha sembrado al silencio, alguna vez se alzó la iglesia colonial de San Lorenzo, cuya figura sigue viva entre danzas, promesas y tambores. Aquel templo se levantaba en el núcleo de una aldea de origen incaico, rodeada de campos de cultivos, petroglifos y senderos. En aquel lugar, testigo de siglos, fueron encontrados fragmentos de *quipus*; esos cordones de la memoria indígena que aún aguardan ser descifrados, recordándonos que antes de los libros, también se narraban plegarias con nudos y colores.

Durante el siglo XVII, la iglesia de San Lorenzo alcanzó su plenitud como epicentro de la pastoral andina. En la parroquia se impartía la catequesis, se predicaba en *quechua* y *aymara*

y se administraban los sacramentos. Según los registros históricos, el 25 de septiembre de 1680, el propio obispo de Arequipa Antonio de León bendijo las imágenes de "Nuestra señora del Rosario y del glorioso y patrón San Lorenzo" entregando indulgencias a quienes asistieran a la festividad del patrono cada 10 de agosto, a las vísperas, misa y procesión. La ceremonia estuvo acompañada por sagrados cánticos y la consagración de las campanas de la torre en honor a San Joseph y a San Lorenzo. Este acto fue un hito que selló el lugar como un enclave sagrado para las generaciones futuras.

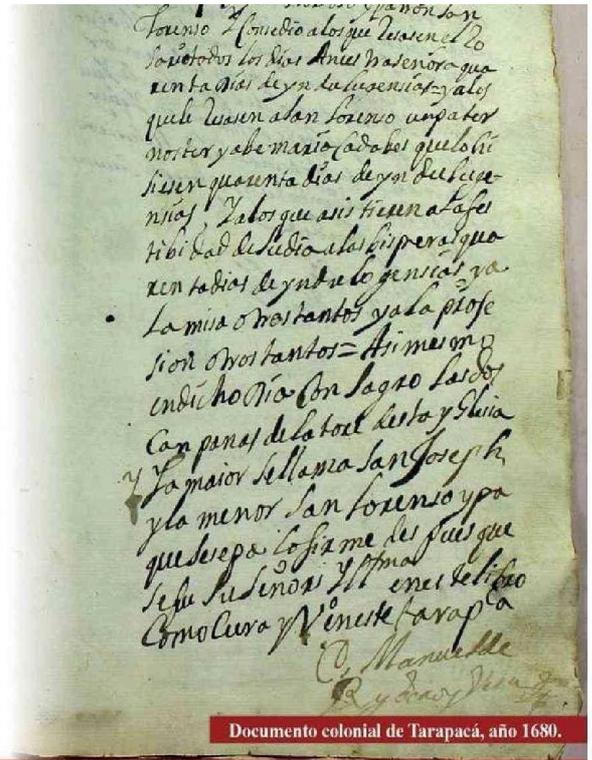
Si bien los restos del templo aún no han sido localizados, la memoria colectiva mantiene vivo su trazo en la geografía del pueblo viejo. Se sabe que la capilla era de piedra, de una sola nave, con una torre campanario, dos campanas y varias imágenes religiosas. Estas últimas eran

llevadas en procesión por alférez y cofradías, cuyos miembros se encargaban del altar, la música y las celebraciones coloniales.

Hoy, cuando se batan las campanas durante las procesiones, resuenan también las que alguna vez repicaron en el legendario campanario de piedra.

El documento de 1680 cierra con una frase que bien podría ser un epitafio para el templo desaparecido, como una inscripción sobre el alma tarapaqueña: "y para que se sepa, lo firmé de mi pulso, que es testimonio y fe...". A más de tres siglos de aquel trazo con tinta, la Fe se sigue manifestando entre bailes, cantos y campanas, más allá del río, sobre las piedras antiguas y bajo el cielo que sigue cobijando a San Lorenzo.

Dr. Alberto Díaz Araya
 Historiador
 Universidad de Tarapacá



Documento colonial de Tarapacá, año 1680.